

de los climas templados, hasta el cedro y el abeto de los Alpes; un país como este, repito, sería hoy todavía la tierra de promisión, si la Providencia le volviese un pueblo y la política le permitiese gozar sosiego y libertad.

De la llanura de Zabulon pasamos, subiendo unos pequeños cerros, mas áridos que los primeros, á la aldea de Séfora, la antigua Séfora de la Escritura, la antigua diocesana de los romanos,—la ciudad mas grande de Palestina, en los tiempos de Heródes Agripa, despues de Jerusalem.

Gran número de peñones, labrados para sepulturas, nos trazaban el camino hasta la cima de la loma donde estaba asentada Séfora; llegado que hubimos á la última altura, vimos una columna de granito aislada, todavía en pie é indicando el sitio donde hubo un templo; hermosos chapiteles labrados, yacian por el suelo al pié de la columna, é inmensos pedazos de piedras talladas, sacadas de algunos grandes monumentos romanos, andaban esparcidos por todos lados, y servian de límites á los campamentos de los árabes, hasta cosa de una milla de Séfora, donde nos detuvimos para la parada de medio dia: una fuente de agua excelente é inagotable corre allí para los habitantes de dos ó tres valles, rodeada de algunos huertos de higueras y de granados; sentámonos á su sombra y aguardamos mas de una hora antes de poder abrevar nuestra caravana, tan grande era el número de reba-

ños de vacas y de camellos que llevaban á ella los pastores árabes de todos los puntos del valle:—innumerables hileras de cabras negras y de vacas surcaban la llanura y las laderas de las colinas que suben hácia Nazaret.

Tendíme, embozado en mi capa, á la sombra de una higuera, á corta distancia de la fuente, y contemplé largo rato aquella escena de los antiguos dias. Nuestros caballos andaban diseminados al rededor nuestro, sujetos los piés con dos maniotas, sus sillas turcas sobre el lomo, la crin pendiente, la cabeza baja, y buscando la sombra de su propia crin; —nuestras armas, sables, fusiles, pistolas, estaban suspendidas sobre nuestras cabezas de las ramas de los granados y de las higueras; — varios árabes beduinos, cubiertos de una sola pieza de lienzo estirado, negro y blanco, de pelo de cabra, estaban sentados en corro no léjos de nosotros y nos contemplaban con mirada de buitre. Las mugeres de Séfora, vestidas esactamente como las mugeres de Abraham y de Isaac, con una túnica azul anudada en medio del cuerpo, y con otra túnica blanca cayendo graciosamente sobre la primera, traian sobre sus cabezas, tocadas con un turbante azul, las urnas vacias tendidas, ó las llevaban llenas y derechas tambien sobre la cabeza, sosteniéndolas con ambas manos como cariátides del Acrópolis; otras muchas, en el mismo trage, lavaban en la fuente y se reian entre sí mirándonos; otras en fin, atavia-

das con trages mas ricos y cubierta la cabeza de sartas de piastras ó de zequies de oro, bailaban bajo un ancho granado, á corta distancia de la fuente y de nosotros; su danza muelle y lenta, no era mas que una ronda monótona, acompañada de cuando en cuando de algunos pasos sin arte, pero no sin gracia. La muger ha sido criada graciosa; las costumbres y los trages no pueden alterar en ella ese encanto de la hermosura, del amor, que la rodea y la revela donde quiera: estas mugeres árabes no llevaban velo como todas las que habíamos visto hasta entónces en Oriente, y sus facciones, aunque ligeramente pintadas (*tatouées*), tenían una delicadeza y una regularidad que las distinguían de la raza turca: continuaron bailando y cantando todo el tiempo que duró nuestra parada, y no pareció que las ofendiese la atención con que observábamos su baile, su canto y sus trages. Dijéronnos que estaban reunidas allí para esperar los regalos de boda que un jóven árabe habia ido á comprar á Nazaret para una doncella de Séfora, su novia, y en efecto el mismo dia hallamos los regalos en el camino: consistían en un tamiz para cerner la harina y separarla del salvado, una pieza de tela de algodón y otra de un tejido mas rico para hacer un vestido á la novia.

Aquel dia empezaron en mí impresiones nuevas y enteramente distintas de las que hasta entónces me habia inspirado mi viage;—habia viajado con

los ojos, el pensamiento y el espíritu, pero no con el alma y el corazón como al tocar la tierra de los prodigios, la tierra de Jehová y de Cristo! La tierra cuyos nombres todos habian tartamudeado mil veces mis labios infantiles; cuyas imágenes todas habian colorado, las primeras, mi juvenil y tierna imaginación; la tierra de donde habian mandado para mí, mas tarde, las lecciones y las dulzuras de una religion, segunda alma de nuestra alma; sentí en mí como si algo muerto y frio acabase de reanimarse y entibiarse, sentí lo que se siente reconociendo, entre mil caras desconocidas y estrañas, el semblante de una madre, de una hermana, ó de una muger querida!—Lo que se siente al salir á la calle para entrar en un templo; algo de arrobado, de dulce, de íntimo, de tierno y de consolador que no se experimenta en otras partes.

El templo para mí era aquella tierra de la Biblia; del Evangelio donde acababa de imprimir mis primeras pisadas! Imploré á Dios en silencio en el secreto de mi pensamiento: dile gracias por haberme permitido vivir bastante para ir á ver aquel santuario de la tierra santa; y desde aquel dia, durante todo el discurso de mi viage por Judea, Galilea y Palestina, las impresiones poéticas materiales que recibia del aspecto y del nombre de los sitios, estuvieron mezcladas para mí de un sentimiento mas vivo de respeto, de ternura, y como de

recuerdo; mi viage fué muchas veces una plegaria, y los dos entusiasmos mas naturales á mi alma, el entusiasmo de la naturaleza y el de su Autor, se hallaron casi todas las mañanas en mí tan frescos y tan vivos como si tantos años de desencanto y desecamiento no los hubieran hollado y rehollado en mi pecho! Sentí que todavía era hombre comparciendo ante la sombra del Dios de mi juventud! —Visitando los sitios consagrados por uno de aquellos misteriosos acontecimientos que han cambiado la faz del mundo, se experimenta algo parecido á lo que siente el viagero que sube con gran trabajo la corriente de un vasto rio como el Nilo ó el Ganges, para ir á descubrirle y contemplarle en su ignoto y escondido manantial; parecíame á mí tambien, miéntras subia las últimas colinas que me separaban de Nazaret, que iba á contemplar en su misterioso manantial, esa vasta y fecunda religion que, hace cerca de dos mil años, se ha abierto su cauce en el universo, desde lo alto de los montes de Galilea, y ha abrevado á tantas generaciones humanas con sus puras y vivificadoras aguas! Allí estaba el manantial, allí, en el hueco de aquella peña que pisaban mis piés; aquella colina, cuyas últimas gradas iba yo cruzando, habia llevado en sus entrañas la salvacion, la vida, la luz, la esperanza del mundo; allí, á pocos pasos de donde yo estaba, habia nacido entre los hombres el hombre-modelo para sacarlos, con su palabra y

con su ejemplo, del océano de error y de corrupcion en que iba á perecer sumergido el linage humano. Si consideraba aquel espectáculo como filósofo, veia allí el punto de partida del mas grande acontecimiento que ha agitado jamas el mundo moral y político, acontecimiento cuyo rechazo imprime solo todavía un resto de movimiento y de vida al mundo intelectual! ¡Allí era donde habia salido de la oscuridad, de la miseria y de la ignorancia, el mas grande, el mas justo, el mas sabio, el mas virtuoso de todos los hombres; aquella era su cuna! ¡Aquel era el teatro de sus obras y de sus dulcísimas predicaciones! ¡De allí salió, jóven todavía, con algunos hombres oseuros é ignorantes, á quienes imprimió la confianza de su génio y el denuedo de su mision, para ir á sabiendas á arrostrar un órden de ideas y de cosas, no bastante fuerte para resistirle, pero sí bastante para hacerle morir! . . . ¡De allí, digo, salió para ir con confianza á conquistar la muerte y el imperio universal de la posteridad! De allí fluyó el cristianismo, fuente oscura, gota de agua inapercibida en el hueco del peñasco de Nazaret, donde no hubieran podido apagar su sed dos gorriones, que un rayo del sol hubiera podido absorber, y que hoy, como el grande oceano de los espíritus, ha colmado todos los abismos de la humana sabiduría y bañado con sus inacabables aguas lo pasado, lo presente y

lo venidero. Por tanto, aún cuando no hubiera creído en la divinidad de aquel acontecimiento, mi alma se hubiera sentido fuertemente conmovida al acercarse á su primer teatro, y hubiera descubierto mi cabeza é inclinado mi frente bajo la oculta y fatálica voluntad que hizo nacer tantas cosas de tan débil é insensible principio.

Pero considerando el cristianismo con ojos de cristiano, allí estaba, allí, bajo aquel cielo azul, en el fondo de aquel angosto y sombrío valle, á la sombra de aquella pequeña colina, cuyas añosas rocas parecían aún todas rajadas por efecto del estremecimiento de júbilo que experimentaron concibiendo y llevando en sus entrañas al Verbo niño, ó del estremecimiento de dolor que sintieron sepultando al Verbo muerto; allí estaba, allí, el punto sagrado y fatal del globo, elegido por Dios en la eternidad para hacer descender á la tierra su verdad, su justicia y su amor encarnado en un Niño-Dios; allí era donde el aliento divino había bajado á su hora sobre una pobre cabaña, morada del humilde trabajo, de la sencillez de espíritu y del infortunio; allí era donde animó en el seno de una Virgen inocente y pura, un ser dulce, tierno y misericordioso como ella, doliente, destinado a la paciencia y al gemido como el hombre, — poderoso, sobrenatural, justo y fuerte como un Dios; allí fué donde el Dios-hombre pasó por nuestra ignorancia, nuestra debilidad, nuestro trabajo

y nuestras miserias, durante los oscuros años de su vida ignorada, y donde había, en cierto modo, ejercitado la vida y practicado la tierra ántes de instruir la con su palabra, de sanarla con sus prodigios y de regenerarla con su muerte; allí fué donde se abrió el cielo y lanzó sobre la tierra su espíritu encarnado, su Verbo fulminante para consumir hasta el fin de los tiempos la iniquidad y el error, probar como á la lumbre del crisol nuestras virtudes y nuestros vicios, y encender delante del Dios único y santo el incienso que nunca debe apagarse, el incienso del altar renovado, el perfume de la caridad y de la virtud universales.

Miéntas estaba yo engolfado en estas reflexiones, cabizbajo y cargada la frente de otros mil pensamientos mas graves todavía, ví á mis piés, en el fondo de un valle abierto en forma de estanque ó de lago de tierra, las casas blancas y graciosamente agrupadas de Nazaret, en las dos orillas y en el fondo de esa hondonada. La iglesia griega, el alto minarete de la mezquita de los turcos, y las largas y anchas tapias del convento de los padres latinos se dejaban distinguir á primera vista; algunas calles formadas por casas ménos espaciosas, pero de una forma elegante y oriental, se extendían alrededor de aquellos edificios, y animados de un rumor y de un movimiento de vida. En todo el circuito del valle de Nazaret, algunos especillos

de altos nopales espinosos, de higueras despojadas de sus hojas de otoño, y de granados de ligero follaje de una delicada verdura amarillenta, estaban esparcidos de trecho en trecho á la ventura, como flores de los campos alrededor de un rústico altar. Solo Dios sabe lo que pasó entónces en mi corazón; pero por un movimiento espontáneo, y por decirlo así, involuntario, me hallé á los piés de mi caballo, de rodillas en el polvo, en una de las azules y polvorosas peñas del escarpado sendero que bajábamos. Así permanecí algunos minutos en una muda contemplacion, durante la cual todos los pensamientos de mi vida de hombre escéptico y de cristiano se agolpaban de tal suerte en mi cabeza que me era imposible discernir claramente uno solo: solo estas palabras se eshalaban de mis labios: *Et verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. Pronunciélas con el sentimiento sublime, profundo y agradecido que encierran, y aquel sitio las inspira tan naturalmente, que quedé sorprendido, al llegar por la noche al santuario de la iglesia latina, hallándolas grabadas en letras de oro, sobre la mesa de mármol del altar subterráneo en la casa de María y de José.—Luego bajando religiosamente la cabeza hácia aquella tierra que habia producido á Cristo, la besé en silencio, y mojó con algunas lágrimas de arrepentimiento, de amor y de esperanza, aquel suelo que ha visto derramar tantas y que tantas ha secado, pidiéndole un poco de verdad y de amor.

Llegamos al convento de los padres latinos de Nazaret en el momento en que los últimos resplandores de la tarde doraban todavía apenas las altas tápias amarillas de la iglesia y del monasterio. Una ancha puerta de hierro se abrió delante de nosotros; por ella entraron nuestros caballos resbalando y haciendo resonar bajo las herraduras de sus cascos, las relucientes y sonoras losas del antepatio del convento. Cerróse la puerta detras de nosotros, y nos apeamos de nuestros caballos junto á la misma entrada de la iglesia donde estuvo en otro tiempo la humilde casa de aquella Madre que prestó su seno al huésped inmortal, que dió su leche á un Dios. El superior y el padre guardian estaban ausentes uno y otro; algunos hermanos napolitanos y españoles, ocupados en cerner el trigo del convento bajo el portal, nos recibieron con bastante frialdad, y nos llevaron á un vasto corredor en el cual se abren las celdas de los hermanos y los cuartos destinados á los extranjeros. Allí aguardamos largo rato la llegada del cura de Nazaret, que nos colmó de atenciones, y nos hizo preparar á cada uno un cuarto y una cama. Cansados de la caminata y de los sentimientos del dia, nos tendimos en nuestras camas, dejando para el dia siguiente el ver los sitios consagrados, y no queriendo desflorar el conjunto de nuestras impresiones con un primer vistazo echado á la ligera sobre los cantes Lugares, cuyo recinto habitábamos ya.

Muchas veces me levanté de noche para elevar mi alma y mi voz hácia Dios, que eligió en aquel sitio al que debia traer su Verbo al universo.

Al dia siguiente, un padre italiano nos condujo á la iglesia y al santuario subterráneo que fué en otro tiempo la casa de la santa Vírgen y de San José. La iglesia es una ancha y alta nave de tres pisos: ocupa el superior el coro de los padres de la Tierra Santa, que comunica con el convento por una puerta trasera: el inferior está ocupado por los fieles; comunica con el coro y con el altar mayor por medio de una hermosa escalera de dos ramales y de balaustradas doradas. De esta parte de la iglesia y debajo del altar mayor, una escalera de pocas gradas conduce á una capillita y á un altar de mármol iluminados con lámparas de plata, colocados en el sitio mismo en que la tradicion supone que se verificó la Anunciacion. Este altar está elevado bajo la bóveda, medio natural, medio artificial, de una peña á la que estaba contigua, sin duda, la casa santa. Detras de aquella primera bóveda, dos altares subterráneos mas oscuros servian, dicen, de cocina y de sótano á la santa familia. Estas tradiciones, mas ó menos fieles, mas ó menos alteradas por la piadosa necesidad de credulidad popular; ó por el deseo natural en todos estos frailes, poseedores de tan preciosa reliquia, de aumentar su interes multiplicando sus pormenores, han añadido acaso, algu-

nas invenciones benévolas al poderoso recuerdo del sitio; pero no es dudoso que el convento, y sobre todo la iglesia, fueron construidos primitivamente en el lugar mismo que ocupó la casa del divino heredero de la tierra y del cielo. Cuando su nombre se difundió como la luz de una nueva aurora, poco tiempo despues de su muerte; cuando todavía vivian su madre y sus discípulos, es seguro que debieron trasmitirse unos á otros el culto de amor y de dolor que les habia dejado la ausencia del Divino Maestro, é ir ellos mismos muchas veces y conducir á los nuevos cristianos á los sitios donde habian visto vivir y habian oido hablar á aquel á quien ya adoraban como á un Dios. Ninguna devocion humana podria conservar tan fielmente la tradicion de un sitio caro á sus recuerdos como la conservó la devocion de los fieles y de los mártires.

En punto á la esactitud de los principales sitios de la redencion, podemos fiarnos en el fervor de un culto naciente y en la vigilancia de un culto inmortal. Caimos de rodillas sobre aquellas piedras, bajo aquella bóveda, testigos del mas incomprendible misterio de la caridad divina en favor del hombre, é hicimos oracion.—El entusiasmo de la oracion es tambien un misterio entre el hombre y Dios; como el pudor, tiende un velo sobre el pensamiento, y oculta á los hombres lo que no es mas que para el cielo. Tambien visitamos el vasto y

cómodo convento, edificio semejante á todos los conventos de Francia ó de Italia, y donde los padres latinos ejercen tan libremente, y con tanta seguridad y publicidad, las ceremonias de su culto como pudieran hacerlo en una calle de Roma, capital del cristianismo. Mucho se ha calumniado, sobre ese punto á los musulmanes: la tolerancia religiosa, mas diré, el respeto religioso, están profundamente introducidos en sus costumbres. Son ellos tan religiosos, y tan celosos de la libertad de los ejercicios de su culto, que la religion de los otros hombres es lo último á que se atreven á atentar. Tienen á veces una especie de horror hácia una religion cuyo símbolo ofende á la suya; pero no aborrecen y desprecian mas que al hombre que no implora al Omnipotente en ninguna lengua; á esos hombres no los comprenden, tan presente está siempre á su espíritu el pensamiento evidente pe Dios y tanto llena su alma.—Quince ó veinte padres españoles é italianos viven en este convento, ocupados en cantar las alabanzas del Niño-Dios, y las glorias de su Madre, en el templo mismo donde vivieron pobres é ignorados. Uno de ellos, á quien llaman el cura de Nazaret, está especialmente encargado de los cuidados de la comunidad cristiana del pueblo, que cuenta de siete á ochocientos cristianos católicos, dos mil griegos cismáticos, algunos maronitas y solo un millar de musulmanes.

Los padres nos llevaron en el discurso del dia á las iglesias maronitas, á la antigua sinagoga donde Jesus niño iba á instruirse, como hombre, en la ley que debia purificar un dia, y al taller donde San José ejercia su humilde oficio de carpintero. Observamos con sorpresa y placer las muestras de deferencia y respeto que los vecinos de Nazaret, hasta los turcos, dan siempre á los padres de la Tierra Santa. Un obispo, en las calles de una ciudad católica, no se veria ni mas honrado, ni tratado mas afectuosamente que se ven estos religiosos aquí. La persecucion está mas distante del sacerdote en las costumbres del Oriente que en las de Europa, y si desea el martirio, no es aquí adonde debe venir á buscarle.

12 de Octubre, 1832.

Salimos á las cuatro de la madrugada para el Monte Tabor, sitio designado de la trasfiguracion, cosa improbable, porque en aquella época la cima del Tabor estaba cubierta por una ciudadela romana. La situacion aislada y la elevacion de aquella hermosa montaña, que sale, como un ramillete de verdura, de la llanura de Esdraelon, hizo que se le eligiera en los tiempos de S. Gerónimo, para teatro de aquella sagrada escena. En la cumbre se ha erigido una capilla, á donde los peregrinos van

á oír el santo sacrificio; ningun sacerdote reside en ella; la sirven los de Nazaret. Llegado que hubimos al pié del Tabor,—soberbio cono de una regularidad perfecta, cubierto por todas partes de plantas y encinas,—nos extravió el guía. Me siento solo, bajo una hermosa encina, con corta diferencia, en el sitio donde Rafael coloca en su cuadro los discípulos deslumbrados por la claridad de arriba, y espero que el padre haya celebrado la misa. Nos le anuncian desde lo alto con un pistoletazo, á fin de que podamos arrodillarnos en las gradas naturales de aquel altar gigantesco, delante de aquel que erigió el altar y estendió la esplendente bóveda del cielo que le cubre.

Al medio dia salimos para el Jordan y el mar de Galilea.—Cruzamos á la una las colinas bajas y bastante sombreadas, en que estriban las faldas del Tabor.—Entramos en un gran llano de ocho leguas de largo sobre igual anchura por lo ménos. Se ve en medio un kan arruinado de arquitectura de la edad media.—Atravesamos algunas aldeas de pobres árabes que cultivan el llano; cada aldea tiene un pozo situado á alguna distancia, y algunas higueras y granados plantados no léjos del pozo. Esta es la única señal de bienestar. Las casas no pueden distinguirse sino acercándose mucho: son unas especies de chozas de seis á ocho piés de altura, á manera de cubos de barro amasado con paja picada que forma el tejado en figura de azotea.—Estos

terrados sirven de patio: allí está todo su ajuar, una manta y una estera.—Casi siempre están allí los niños y las mugeres; estas no van tapadas y llevan lábios teñidos de azul, lo mismo que los párpados; tambien se pintan ligeramente al rededor de los lábios y sobre las mejillas. No llevan mas vestido que una camisa azul prendida con una faja blanca sobre las caderas; todas tienen la apariencia de la miseria y del dolor. Los hombres van cubiertos con una capa sin costura, de una especie de paño burdo, listado de negro y blanco, sin ninguna forma, y con los brazos, las piernas y el pecho al aire. Despues de haber atravesado por espacio de seis horas, aquella llanura amarillenta y pedregosa, pero fértil, vemos el terreno rebajarse poco á poco bajo nuestros piés, y descubrimos el inmenso valle del Jordan y los primeros resplandores azulados del hermoso lago de Genezaret ó del mar de Galilea, como le llaman los antiguos y el Evangelio. Pronto se desarrolla todo entero á nuestros ojos, rodeado por todas partes, escepto hácia el Mediodía, de un anfiteatro de altas montañas grises y negras. En su estremidad meridional, é inmediatamente bajo nuestros piés, se estrecha y se abre para dejar salir el rio de las Profecías y el rio del Evangelio, el Jordan!

El Jodan sale del lago serpeando, se desliza por la llanura baja y pantanosa de Esdraelon, á cosa de cincuenta pasos del lago, y pasa hirviendo un

poco y haciendo oír su primer murmullo bajo los ruinosos arcos de un puente de arquitectura romana, hácia donde nos dirigimos por una pendiente rápida y pedregosa para ir á saludar sus aguas consagradas en los recuerdos de dos religiones: á los pocos minutos llegamos á sus márgenes; nos apeamos de nuestros caballos y nos bañamos la cabeza, los piés y las manos en sus aguas dulces, tibias y azules como las del Ródano cuando salen del lago de Ginebra. El Jordan, en aquel sitio, que debe ser poco mas ó ménos la mitad de su carrera, no mereceria el nombre de rio en un pais de mas espaciosas dimensiones; pero sin embargo excede con mucho al Eurotas, al Cefiso y á todos esos rios cuyos nombres fabulosos é históricos resuenan desde la infancia en nuestra memoria y nos presentan una imàgen de fuerza, de rapidez y de abundancia que destruye la vista de la realidad.

El Jordan, aun aquí, es mas que un torrente; aunque al fin de un otoño sin lluvia, revuelve lentamente, en un cauce de sobre cien piés de ancho, una sàbana de agua de dos ó tres piés de profundidad, clara, límpida, trasparente, tanto que pueden contarse las guijas del fondo, y de uno de aquellos hermosos colores de agua que reproduce todo el profundo color de un firmamento de Asia —todavía mas azul que el cielo, como una imàgen mas bella que el objeto, como un espejo que colora lo que refleja. A veinte ó treinta pasos de

sus aguas, la playa, que ahora deja en seco, està sembrada de piedras rodadizas, de juncos y de algunas matas de ogiacanta todavia en flor.

Esta playa tiene de cinco á seis piés de profundidad debajo del nivel de la llanura, y manifiesta la dimension del rio en la estacion ordinaria de la crecida de las aguas. Esta dimension, en mi concepto, debe ser de ocho á diez piés de profundidad, sobre ciento á ciento veinte de anchura. Es mas angosto, mas alto y mas bajo en la llanura; pero entonces està mas encajonado y mas hondo, y el sitio donde le contemplábamos es uno de los cuatro vados que tiene el rio en toda su carrera. Bebí en la palma de mi mano agua del Jordan, esa agua que tantos poetas divinos han bebido àntes que yo, esa agua que corrió sobre la inocente cabeza de la víctima voluntaria! Aquella agua me pareció perfectamente dulce, de un sabor agradable y de una rara tersura:— la costumbre que se contrae en Oriente de no beber mas que agua, y de las religiones menudo, hace al paladar excelente juez no se establece de una agua nueva. No le ca! ¡Son, de todo el Jordan mas que una de estas, za y de la mente hucura:—estaba tibia, y aunque inesplicable! ¡Son de ce horas sin sombra, bajo us! ¡Como los vientos que abrasado mis labios y mis! Occidente; pero cuya caurimentaban una impresion tida conoce nadie; soplan, de aquel rio. solo Dios sabe por qué,

Como todos los viajeros que van, arrojando tantas fatigas, distancias y peligros, á visitar en su soledad ese rio, en otro tiempo rey, llené algunas botellas con agua de su corriente para llevárselas á algunos amigos ménos felices que yo, y llené mis pistoleras de guijarros que cogí en las orillas de su corriente. ¡Ah! ¡Ojalá hubiera podido llevar tambien la santa y profética inspiracion con que abrevaba en otro tiempo á los bardos de sus sagradas orillas, y sobre todo un poco de aquella santidad y de aquella pureza de espíritu y de corazon que contrajo sin duda bañando al mas puro y santo de los hijos de los hombres!—Volví luego a montar á caballo; ví á la vuelta algunos de los ruinosos pilares que sostenian el puente ó acueducto de que ántes he hablado:—nada ví mas que la masonería degradada de todas las construcciones romanas de aquella época, ni mármol, ni escultura, ni inscripciones;—ningun ojo subsistia, pero todavía estabau vié diez machones; y se distinguian los citamente, otros cuatro ó cinco:—el espacio entre una sábana de ones era de sobre diez piés,—lo que didad, clara, limpia la dimension de ciento veinte den contarse las gudeber dar al Jordan. aquellos hermosos core escribo aquí de la dimen- todo el profundo color a por objeto mas que satis- —todavía mas azul que personas que desean re- gen mas bella que el octas aun de las imágenes colora lo que refleja. Ántos, y no prestar armas á

los enemigos ó á los defensores de la fé cristiana, armas miserables por ambas partes. ¿Qué importa que Jordan sea un torrente ó un rio? ¿Que la Judea sea un monton de piedras estériles, ó un jardin delicioso? ¿Que esta montaña no sea mas que una colina, y tal reino una provincia? Esos hombres que se encarnizan, se enconan sobre semejantes cuestiones, son tan insensatos como los que creen haber destruido una creencia de dos mil años, cuando han procurado laboriosamente dar un mentís á la Biblia y un bofetón á las profecías.

¿No seria cosa de creer, viendo esas grandes luchas sobre una palabra mal comprendida ó mal interpretada por ambas partes, que las religiones son cosas geométricas que se demuestran con una cifra ó se destruyen con un argumento; y que generaciones enteras de creyentes ó de incrédulos están aguardando el fin de la discusion para pasarse al partido del mejor lógico y del anticuario mas erudito, é ingenioso? ¡Estériles disputas, que ni seducen ni convierten á nadie! Las religiones no se prueban, no se demuestran, no se establecen, no se arruinan con la lógica! ¡Son, de todos los arcanos de la naturaleza y de la mente humana, el mas misterioso é inesplicable! ¡Son de instinto y no de raciocinio! ¡Como los vientos que soplan del Oriente ó del Occidente; pero cuya causa ni cuyo punto de partida conoce nadie; soplan, solo Dios sabe de donde, solo Dios sabe por qué,